

Mis andanzas por las Tajadas

Iniciamos hoy una serie de artículos en torno a la zona de Bezas, a solo 23 kilómetros de Teruel, lugar poco conocido, que posee un paisaje incomparable, pinturas rupestres y otros encantos difíciles de superar.

Por resolución del 9 de febrero de 1.983 existe el proyecto de declarar conjunto histórico-artístico a las "Tajadas" que esperamos, una vez conocida la historia que narra, con agilidad y conocimiento de causa, nuestro paisano residente en Zaragoza Julián Sánchez Villalba.

Creemos que será del agrado del lector, los siete capítulos en los que hemos dividido esta importante colaboración que muestra una historia poco conocida y con todo detalle describe lugares típicos de la zona de Bezas.

Las Tajadas. Toponímico con el que se conoce un bellissimo paraje, en la "Ruta del Rodeno y de las Pinturas Rupestres". Dista de Teruel 23 kilómetros, por la carretera A-1513 de Teruel al cruce del Toril, y a dos kilómetros de Bezas, a cuyo término municipal pertenece.

Se trata de un gran conglomerado de peñas, de formaciones triásicas, situado a mano derecha de la carretera, pasado Bezas, y camino de Dornaque, en el Km. 22,800 aproximadamente. Los escombros de las minas formaron una gran explanada que sirve de mirador a Las Tajadas y que es motivo suficiente para la fotografía del turista. Constituye y conforma este gran roquedal, un lugar de gran interés para los aficionados, y sobre todo para los profesionales de la arqueología con sus pinturas rupestres, con innumerables vestigios de un pueblo antiquísimo que allí residió, seguramente cuando ya en otras zonas había desaparecido esa forma de vida, todo lo cual está datado, si bien sería muy importante dedicarle muchas más horas de estudio.

Es lugar indicadísimo y apropiado para hacer las delicias de cualquier profesional o excursionista, por exigente que sea. Hay que sudar de lo lindo para recorrer este poblado natural, pero merece la pena.

Plantas comestibles

Desde el Barranco de las Canales, por la cerrada de Pradillo Redondo, el Regajo, El Toril, callejones entre Tajada de Enmedio y Peña del Hierro, y entre ésta y los desfiladeros a ambos costados, la Balsilla y su cañada, existen huertos de regadío y banales de secano, sumamente interesantes, que yo he conocido en plena producción, cuya imagen desde las cimas de estos enormes peñascos, donde tuvieron sus habitáculos nuestros antepasados trogloditas, quizás mis remotos abuelos, era sumamente sugestiva y encantadora.

Allí cultivaron nuestros abuelos, nuestros padres, nosotros mismos, todo un abanico de especies vegetales: verduras, cebada, pipirigallo, alfalfa, trigo, ciruelas, cerezas, membrillos, prisquillas, etc. Es cierto que todo en cantidades pequeñas, pues ya lo sé, porque la climatología no permite allí grandes aventuras agrícolas.

Existe un dato curioso que me permito apuntar, porque es preciso resaltar, ya que no se da por ninguna otra zona cercana, que yo sepa¹. Me refiero a ciertas especies silvestres comestibles y en este caso al espárrago, que crece abundante por Las Tajadas de Bezas, especialmente por los despeñaderos de la Balsilla, por Cueva Morena, entre zarzas y maleza.

Este detalle ya llamó la atención de don Teógenes Ortego, quien parece ser que atribuyó este fenómeno a aquellos tiempos pasados de civilización en Las Tajadas, que las tribus procedentes del Levante o vinculadas de alguna forma a él, lo introdujeron en esta zona y podría haber formado parte de su dieta, cuando la marcha del tiempo cambiara la forma de vida de estos habitantes, de un estadio puramente cazador a la alternancia con la agricultura primaria, donde sin duda se impondría cultivar especies duras y resistentes, que a la vez dieran fruto generoso con mínimos cuidados.

Cabe también la hipótesis de que esta planta fuese destinada como complemento de su industria rudimentaria, como condimento, adornos, amuletos, bien en su ciclo de producción, luego de crecido y endurecido o bien cuando se seca, o cuando aparecen esas bolitas rojas en sus tallos, que quizás pudiesen tener para ellos algún interés o significado. O también pudieron ser usados como reclamo o cebo de los abundantes rumiantes a los que atraerían para situarlos en lugares estratégicos para mejor ser cazados. Es un enigma que nadie me aclaró, pero que a mí siempre me causó una gran curiosidad.

Pero todo aquel paisaje verde o dorado, según los cultivos y la época del año, ya desapareció hace tiempo. Hoy ya no se cultiva nada, grandes bancos de zarzas, mucha hierba y aún algunos frutales que luchan por no morir; todo abandonado. Muñones de árboles variados, testigos patéticos de la vida que por allí existió, de una generación ya pasada o caduca, jalón más que añadir a esa historia riquísima de Las Tajadas de Bezas, que alguien tendría que ordenar cronológicamente hasta nuestros días, con sus varias civilizaciones.

¹ El espárrago sí crece por otros lugares en Bezas, el Barrando de los lobos, y otros.

Un lugar encantador

El lugar es encantador a más no poder, riquísimo en sorpresas, como pocos. Está brindando a los estudiosos una oportunidad extraordinaria, estudiar y al propio tiempo pasarlo muy bien; porque metido uno en Las Tajadas se vive la naturaleza con toda la fuerza, no hay otro remedio y queda uno allí atrapado; el espíritu adquiere proporciones de gran altura; la huella humana te sale al paso por cualquier rincón. Allí han vivido civilizaciones rudas, que han modelado el paisaje en todo su entorno, hasta el extremo de quedarte la duda de si cuanto ven tus ojos lo creó la naturaleza o fue diseñado por artífices locales.

Uno se siente en Las Tajadas de Bezas vigilado constantemente, a pesar de la soledad. Por poco imaginativo que el visitante sea; por poco que examine el lugar donde pisa, quedará totalmente identificado con el lugar. Tendrá que admitir que solamente con una elevadísima dosis de cariño al solar donde uno vive, se es capaz de realizar tales prodigios.

Yo no dudo en afirmar que en aquellos tiempos y para aquellas gentes, Las Tajadas de Bezas eran un rinconcito perdido del Paraíso.

Subir a Peña del Hierro, a Tajada Bajera, a Tajada de Enmedio; recorrer sus calles, sus pasadizos, sus despeñaderos. Imaginaros todo aquello hace miles de años, surcado por un río de aguas cristalinas.

Vuestra retina captará todo lo demás.

Andaba yo por los 14 ó 15 años, allá por el año 1944 ó 1945, no lo recuerdo bien, que la época aquella que nos tocó vivir permanece en nosotros, al menos en mí, aún mucho más oscura que lejana, a pesar de tantos años transcurridos.

Que los sufrimientos y penalidades pasados no dejaron mucho lugar en nuestras mentes para recordar momentos alegres vividos, que sí que los hubo, porque la adolescencia tiene sus propios encantos que nadie le puede arrebatar. Ya lo intentaron, ya.

Era yo un muchacho tirando a alto, secucho, casi escuálido, renegrido y llevaba una boina en la cabeza, de medio lado, muy a lo pueblo, capada y todo, como corresponde a toda boina que se precie un poco de haber cubierto testa de mocosos. Así se me ve en las fotografías que mi recordado y querido amigo Teógenes Ortego, a la sazón inspector de enseñanza primaria en Teruel, me hizo en la cima de Tajada Bajera, junto a la tumba primitiva que yo descubrí, y en mi huerto de El Toril, junto con Marcial y la perra Carolina, y en Peña del Hierro al pie de acceso a la misma, todo recogido en ese librito de arqueología que él publicó en el año 1951 y que conservo con todo

cariño. Era yo mozuelo imberbe, con mucha afición a las letras y a las cuentas, como por allí se dice. Aproveché al máximo mis años de enseñanza primaria y en clase ocupé siempre un lugar destacado. Yo leía mucho, era mi máxima afición, tenía confianza plena en que con ello contribuiría a mi autoeducación; eran tiempos heroicos en todos los aspectos; de maestros interinos con cara de hambre y fumando cuarterón, dos cosas de lo más corriente por entonces.

Yo no pude pasar de estudios primarios por falta de medios económicos, tenía que ayudar con mi trabajo, como tantísimos niños de entonces, a la economía familiar. Así que no tenía otra opción que leer mucho, todo lo que caía en mis manos, que no era gran cosa.

Yo tenía un huerto en Las Tajadas, en el lugar denominado El Toril y allí me pasaba, solo o con mi padre y mi hermano, largas horas y días, removiendo la tierra, haciendo la pared de piedra que todavía se conserva bien firme; regando cuando el pozo tenía agua, quitando escarabajos a las patatas que siempre resultaba más barato que sulfatarlas, aunque menos eficaz.

Andaba por las enormes piedras como por mi propia casa; recorría los senderos y callejones impresionantes una y otra vez, incansable, mirando los lazos a ver si cogía algún conejo, mirando de reojo, como temiendo que de un momento a otro toparía con el espectro de algún moro de aquellos que, según la leyenda, habitaron aquellos parajes y que dejaron tantas huellas en Peña del Hierro, en Tajada Bajera y que antes de marcharse de allí, debieron de romper sus pucheros y utensilios; por eso mismo aparecían tantos cascotes al cavar el huerto, y tantos huesos de rumiantes; y además yo había descubierto huesos humanos en una cueva de la cima de Tajada Bajera, que debían corresponder a algún jefe moro. Claro, luego se demostró que por allí no hubo moros, al menos en forma permanente.

Desde mis atalayas habituales y preferidas, cuando buenamente me parecía, porque yo entonces no tenía más amo que me mandara que mi padre; cuando me sentaba a comer o merendar, me entregaba con pasión y placer inmaduros a las más diversas e hipotéticas aventuras de juventud. Porque el lugar invitaba a ello.

Y pasaba una y otra vez incansable, aquel estornino con su comida en el pico, camino del yedral viejo, enorme, que había enfrente de mi huerto, donde todos los años, invariablemente, construía su nido.

Y el picarrelincho aquel con su cantar tan peculiar, estridente y alocado, siempre dando picotazos en los troncos cercanos, que perforaba con increíble facilidad y rapidez y donde hacía su nido.

Y el turcazo desconfiado y veloz, cuando descendía hasta el río

para saciar su sed con rapidez y precaución.

Y el cuervo, inmensas cantidades de cuervos, grandes, negrísimos, poderosos, siempre graznando por encima de las peñas; agoreros, astutos y burlones, predispuestos siempre a incordiar a todo pájaro que se les pusiese delante, a la rapiña, que no dejaban nueces en los cercanos nogales.

Y aquellas encantadoras y vivarachas ardillas que con tanta frecuencia se dejaban ver por las enormes paredes rocosas, equilibristas consumadas, haciendo deliciosos momos con sus hociquillos, con su enorme cola enhiesta, enseñando su tripita de un blanco immaculado, saltarinas y osadas, que con tanta frecuencia hasta llegaban a fisgonear cerca de nosotros, mientras la perra Carolina se mantenía callada.

He oído el maullido poderoso del gato, el ladrido estúpido del zorro, allá por el Barranco del Lobo, al noroeste de la Peña del Hierro, por los cerrados del tío Calixto, hoy con frondosos pinares aún, pero con las huellas recientes, sangrantes, de los depredadores del ICONA, irreverentes con los entornos en donde viven, que no respetan tampoco estos parajes históricos y los convertirán en un campo fantasmal de enormes calaveras peladas. Por allí mi abuelo Miguel cogía fuinas, zorros y tejones con los cepos, y muchos años antes lobos.

Y se veía volar al azor, al gavián con su característico piar lastimero; el águila lebrera majestuosa, trazando en el espacio círculos bellísimos, alrededor de Peña la Magra, de Peña del Acerolo, donde convivían, donde anidaban todos los años.

Y ya de noche se oía potente la voz del cargo, ese rey de las tinieblas que más de un susto nos daba, con esa voz burlona intimidatoria. Confieso que más de una vez se me pusieron los pelos de punta.

En la imperante soledad del lugar cualquier signo de vida era fácilmente perceptible.

Mis agudos sentidos traducían con increíble rapidez el mensaje, con orientación inequívoca, ya se tratara del canto de un ave, el silbido de un reptil por allí tan abundantes; el bocinazo del coche correo, vetusto y torpón que tanto recuerdo, porque cuando pasaba ya estaba cerca la hora de dar de mano en el trabajo; de aquel camión de la resina, que conducía Paco, el alicantino, de los camiones de la madera.

Se escuchaba con sumo placer el silbar y el canto del resinero que por allí trabajaba, el eco de los legonazos que mi primo Agustín daba en su increíble huerto, casi en la cima de Tajada Bajera, quizás

vestigio legendario de huerto troglodita.

Y los piropos que el tío Florentín o su hijo, Leoncio, echaban a la mula cuando estaban labrando aquel gran cerrado de Pradillo Redondo, al pie mismo del gran Cantil de Tajada Bajera, base de caza de aquellos primitivos, que dejaron su huella en la piedra.

Y las risas sonoras, juveniles y frescas de las guapas mozas de Bezas que alguna tarde subían a los huertos del río a coger cerezas, moras y a darse de paso un escarceo por el lugar.

Y alguna vez, por el cañón de Cueva Morena, hacia el Barranco de las Canales, para retumbar ya débilmente en el peñón del Cortado, salía la voz de Joaquín, de allá de la Balsilla, que debido a su sordera se le escapaba más fuerte de lo normal y algún rediós que otro se oía, dirigido a los machos cuando labraba su huerto, donde se crían las mejores calabazas, que sin duda habrán admirado quienes suben a Peña del Hierro en otoño; porque forzosamente han de pasar por allí.

Y algunas tardes aquel sordo, pausado con el calor, silencioso, caminar de los corderos que alguna moza los llevaba a apacentar a su huerto.

Y descubrí aquellas matas de tabaco, para mí misteriosamente sembradas, en una terraza natural de la cima de Tajada Bajera; luego supimos que las había sembrado el tío Eusebio, fumador empedernido, seguramente burlando la vigilancia de su hijo Juan, cuando subían a su huerto del río, el único que hoy se cultiva.

Y recuerdo al amigo Arturo, a Vicente y Justo, al tío Domingo, que aparecían con mucha frecuencia por sus huertos del río a regar y coger hortalizas. Es increíble como se oían retumbar en el gran cañón de las Tajadas, las voces y todo tipo de ruidos y cómo se localizaba su procedencia con apenas prestar una mínima atención.

Después de toda una mañana sin ver ni oír a nadie, preso entre piedras, cuanto alegraban aquellas voces.

Y al final de la tarde, cuando ésta cedía paso a la noche, aquel bucólico concierto de esquilas y tangarros de los rebaños de cabras, presurosas por llegar a los corrales de Cueva Morena, de Tajada En medio, donde pasaban la noche rumiando felicidad, bajo la perenne mirada de aquellos cérvidos congéneres que artistas primitivos plasmaron en la roca. Pobres cabras aquellas, que después de cooperar para mantener la débil economía de mi pueblo, dieron su aperreada vida a instancias de un ingeniero de montes, ejecutor de las descabelladas órdenes de poderosos mandarines sin escrúpulos, que las sentenciaron a muerte sin el más mínimo respeto, sin dar lugar a que sus amos las defendieran. En Teruel se les recordará, en Bezas también, pero con dolor por el mucho daño que causaron.

Y me quedaba aún tiempo para descubrir nidos de colirroya, de cuervo y alguna camada de ardillas pequeñas como ratones, peladas y que llevadas de pequeñas a casa se las puede domesticar fácilmente.

Y soporté tormentas impresionantes metido en las más profundas cuevas o al regreso hacia el pueblo, asustado por aquellos gordísimos truenos que parecían no tener fin, que retumbaban desafiantes por todas las Tajadas, mientras la noche caía encima con una celeridad inusitada; y era preciso hacer el retorno al pueblo a la luz de los relámpagos larguísimos que por largo tiempo se sucedían, aún después del fragor de la tormenta.

Era un huerto aquel muy bueno, del que supimos sacar unos productos muy necesarios en aquel régimen de autoabastecimiento en el que se desarrollaba la economía de aquellos pueblos, donde nada se desperdiciaba, donde todo tenía un fin o aplicación, donde cada ente familiar era una empresa que producía para sí misma, viviendo de las materias primas que obtenía de sus cultivos y, como se diría en términos modernos, del valor añadido. Todo se quedaba en casa.

Era curioso mi huerto, como todos los de Las Tajadas, pero aislado de todos, oculto entre Tajada Bajera y Tajada Enmedio. El Toril, lugar de dos únicos accesos, fácilmente controlable, donde se supone que los pobladores de Las Tajadas cerraban su ganado vacuno durante la noche, para evitar que se dispersase y tenerlo al cubierto de fieras, especialmente lobos.

En una de las entradas a El Toril hay unas enormes piedras sueltas, que obstaculizan dicha entrada y otra que apenas se apoya y tiene un calzo debajo; esto parece obra humana, interesaría estudiarlo.

Junto a la gran roca hicimos el pozo que daba agua con generosidad, procedente de las lluvias y filtraciones y de él nos servíamos para hacer crecer las lechugas, los tomates, las coles; claro que entonces llovía mucho más.

Al pie de esta gran mole y en su lado norte, tenía el huerto una gran terraza alargada, de buena tierra negra, cuajada de detritus procedentes del poblado que existió en lo alto del peñasco; allí, en la superficie, aparecían gran cantidad de huesos astillados, mandíbulas de rumiantes, carbones, trozos de cerámica, piedras pulimentadas de sílex y algún que otro trocito de bronce. El poco sol que allí da, especialmente en primavera, no dejaba crecer las cosechas; así que decidimos quitar aquella terraza, distribuir la tierra por el resto del huerto. Y fue un acierto, las cosechas mejoraron y recuerdo las hermosas coles que allí se criaban, las calabazas, la remolacha y otras especies diversas.

En este trabajo estuvimos ocupados durante todo un invierno y

parte de la primavera. Fue una lástima, ahora me hago cargo de ello, que no estuviese con nosotros un arqueólogo; sin duda alguna que hoy el museo de Teruel contaría con varios cacharros más, parecidos a ese gran vaso que posteriormente descubrimos en el huerto de Agustín en las excavaciones que realizamos bajo la dirección de don Teógenes Ortego Frías. Aún quedan allí bien visibles las huellas de nuestro trabajo, en lo que fue terraza en el huerto y también en la falda de la piedra, de donde igualmente tiramos abundante tierra al huerto. Desaprovechamos inconscientemente la gran cantidad de materiales que salían en aquel riquísimo yacimiento.

Pero no todo se perdió. Durante los trabajos habituales en el huerto por su mejoramiento, al que sin duda alguna teníamos derecho, es cierto que dimos al traste con muchas piezas de interés; pero no es menos cierto que gracias a mí, y fruto del encuentro con Teógenes, de lo que me entró una gran afición a la arqueología y al estar trabajando en mi propio huerto durante tantos años, recogí muchos materiales que han podido ser debidamente clasificados y datados, así que no todo se perdió.

Otros en mi lugar, de mi mismo pueblo y en aquellos difícilísimos años, no habrían perdido el tiempo en recoger cascotes de cerámica, huesos y otras "tontadas", como dicen por allí. Por otro lado, el organismo competente no creo que ha hecho mucho por explorar más detenidamente ese inmenso yacimiento, que podría arrojar materiales y objetos de gran valor; y menos mal que pusieron rejas en las cuevas de las pinturas, pues de lo contrario ya las habrían borrado.

Por otro lado, no se habla mucho de este enclave prehistórico, de sus pinturas, que debían ir siempre de la mano con las de Albarracín, ya que pertenecen a enclaves limítrofes y por ende a una misma cultura y de municipios de una misma comunidad.

Me da la impresión de que Albarracín se ocupa muy poco de todo lo que no sean sus propias pinturas, su propia historia, sin mirar hacia el entorno que lo rodea. Yo he dicho muchas veces públicamente que debiera crearse la Ruta de las Pinturas Rupestres, comenzando en Albarracín, pasando por las de Bezas y terminar en las de Tormón, ruta pintoresca y eminentemente turística; estas estribaciones de la Cordillera Ibérica encierran multitud de enclaves prehistóricos que no han sido debidamente estudiados.

Ocurrió, creo yo, sobre la primavera del año 1945 o el 1946.

Un día llegué a mi huerto de Las Tajadas y antes de franquear la portera, vi dentro del huerto un hombre con sombrero tirolés, bien vestido, armado de picoleta, tranquilamente mirando la tierra que

nosotros durante aquel invierno habíamos removido; se agachaba y recogía objetos del suelo.

A mí me llamó mucho la atención ese hombre, yo no entendía lo que hacía allí mirando al suelo. Mi extrañeza fue grande, confieso que tuve algo de miedo, aquello era muy solitario y me vinieron al pensamiento cosas extrañas. No sabía cómo reaccionar, me quedé parado.

Pero no tuve que esperar mucho rato. Don Teógenes me vio enseguida y al apercibirse de mi extrañeza, al entrar yo al huerto me dijo -siempre lo recuerdo-:

–¿Es tuyo este huerto, chaval? –Sí señor, le contesté.

–Perdona que yo esté aquí dentro –me dijo–, pero no hago daño alguno a la hortaliza. Soy arqueólogo y estoy buscando restos de cerámica: me enseñó un trozo y me dijo, ¿has visto tú muchos cascotes de éstos?

–Sí, le contesté. Por aquí salen muchos trozos de cerámica, dicen que son de los moros que estuvieron en la Peña del Hierro.

–No, me contestó; todo esto no es de los moros, es mucho más antiguo. Aquí vivieron unas tribus primitivas y yo he venido a hacer una visita para buscar restos de esa civilización.

Don Teógenes y yo estuvimos hablando amigablemente. Me pareció un hombre simpatiquísimo; le ayudé a buscar cerámica, le dije que al extender la tierra de la terraza salían cacharros enteros, cuarteados de la humedad y los hielos, y que nosotros los rompíamos con el pico y juntamente con la tierra los tendíamos por todo el huerto.

Recuerdo la cara de tristeza de Ortego.

Me dijo que aquello había sido una pena, una gran pérdida, porque tenían mucho valor arqueológico y que debíamos haberlos guardado.

Yo le contesté que nosotros no entendíamos de arqueología, que habíamos hecho los trabajos para mejorar el huerto, que todo lo demás para nosotros no tenía interés ni valor alguno.

Y además -le dije- arriba en lo alto de la peña yo he visto una cueva donde salen restos humanos y desde luego no son de la guerra, pues están ya casi convertidos en tierra; tienen la apariencia de ser muy antiguos.

No recuerdo si a Teógenes le impresionó mucho la noticia, quizás prefirió actuar con precaución y como buen sicólogo no querría demostrar interés, aunque después veremos que no se olvidó de la cueva. Creo que ese día no subimos a ver la tumba, pero estuvimos rebuscando cerámica y yo colaboré ese día con él todo lo que me fue posible, porque sabía perfectamente los yacimientos más ricos. Aquel

día yo no trabajé en mi huerto, lo dediqué todo el tiempo rebuscando por el suelo, le enseñé algunos pasadizos de Las Tajadas y le indiqué los lugares por donde se accedía a las piedras.

Don Teógenes dio por finalizada su primera visita a Las Tajadas y se marchó a Teruel, llevando consigo las primeras muestras de materiales. Con mucha corrección y amabilidad me suplicó le recogiera todo lo que a mí me pareciera curioso, cerámica, sílex, huesos o trocitos de bronce –de éstos por cierto salían muy pocos–.

Don Teógenes se hospedaba en Teruel en un parador o fonda cerca de Los Arcos, creo que se llamaba Parador Utrillas, no lo recuerdo muy bien y tampoco sé el tiempo que allí estaría.

Ya no precisé más lecciones, a partir de aquel encuentro y con las que me dio Ortego me entró gran afición a la arqueología, incluso encontré nuevo aliciente a mis trabajos en mi huerto de Las Tajadas. Caló fuerte en mí el gusanillo ese de escudriñar en la tierra, siempre con la esperanza de encontrar algo interesante; asimilé todo eso como una faceta más de cultura que adquiriría, seguro de que solo podría traerme alguna satisfacción, que no me hacía daño alguno. Recogí grandes cantidades de materiales que guardé con celo, pues sabía que Teógenes volvería. Creo que me convertí en un buen ayudante suyo, un colaborador de importancia –a nivel primario claro está– y en suma creo que fui la primera persona que comenzó a trabajar en serio, aunque sin mucho orden, en el antiguo poblado de Las Tajadas. Desde luego el que más materiales ha tenido en sus manos, todo gracias a las orientaciones y consejos de mi querido Teógenes. De todo ello, él recogió posteriormente los frutos, si no materiales sí al menos a nivel profesional, al catalogar y datar todo aquello, sacando a la luz una zona altamente interesante para los estudiosos, en ese libro que escribió; en él no me nombra, pero yo lo guardo con gran cariño porque lo tengo dedicado, porque allí aparezco en fotografía, junto a la tumba que yo descubrí, lo que de alguna manera me compensa espiritualmente de todo.

Así lo dice Teógenes en su libro, habrá que creerlo, pues él tomó con interés aquel trabajo y de suponer que cite fechas exactas. Sería allá por el año 1946, yo no lo recuerdo bien, cuando vino a Bezas por segunda vez, al menos para mí fue la segunda vez. Venía ya dispuesto a realizar prospecciones serias, más profundas y concienzudas, a nivel particular según él nos dijo, es decir que Teógenes iba por libre. Teógenes solo me conocía de un día que anteriormente me vio en las Tajadas y desde luego nada más sabía de mí. Nuestro encuentro tuvo lugar en el sitio por él elegido para sus "aventuras arqueológicas", yo le ayudé lo que pude y allí terminó

todo, de momento. Yo no era maestro –ni lo soy ahora tampoco– solamente fui un alumno adelantado que quería saber, pero que como tantísimos otros nos quedamos en el camino. Aquella primavera el maestro del pueblo, que malvivía de patrona, antes de las vacaciones me dejó a mí al cargo de los niños.

Don Teógenes, ya sabemos que era inspector de enseñanza primaria. No es de extrañar pues, que si bien venía a Bezas a hacer unas prospecciones arqueológicas, de paso se diese una vuelta por las escuelas y visitar a los maestros de manera oficiosa. Cuando me vio a mí al frente de la escuela de niños se quedó un tanto extrañado y yo también me llevé buena sorpresa, porque no lo esperaba y yo solo lo conocía en su faceta de arqueólogo, pero no en su cargo de inspector.

Salí como pude de la situación, aunque para mí realmente no presuponía responsabilidad; sabía lo suficiente para suplir al maestro durante un mes.

Don Teógenes me dijo que podíamos dar fiesta a los chicos durante unos días, mientras duraban las excavaciones; que le buscara un chico mayor como yo y si nos dejaban nuestros padres –en aquellos tiempos era condición indispensable– iríamos a Las Tajadas unos días a trabajar en serio.

A ambos nos alegró mucho el encuentro. Pasados los primeros momentos comenzamos a intimar, lo que daría pie a nuestras buenas relaciones. Lo llevé a mi casa a conocer a mis padres y le entregué los materiales que tenía guardados para él y que se llevó muy contento a la posada de la tía Venancia, donde tenía montado su cuartel general.

Al día siguiente, Teógenes, mi primo Marcial, yo y la perra Carolina, provistos de palas, picos y criberos, marchamos a Las Tajadas para realizar los primeros asaltos arqueológicos serios que hasta la fecha se han hecho, y que tuvieron como colofón y gran premio el descubrimiento –en este caso obra de Teógenes– de las pinturas rupestres de Tajada Enmedio y Tajada Bajera.

El primer asalto fue a Tajada Bajera, ascendiendo por mi huerto y llevando a Teógenes directamente a la cueva donde aparecían restos humanos; el muy tuno de él no había olvidado nuestro primer encuentro, cuando yo le hablé de aquella cueva.

La tumba fue excavada en su totalidad, bajo la constante mirada de Ortego que no perdía detalle. Cribamos la tierra pero no encontramos objetos significativos, solamente cerámica, trozos que pudieron haberse echado al sepultar el cadáver, pero sin que ello tuviese otro significado.

Ortego se llevó parte de las mandíbulas superior e inferior y otros huesos, todo bien envuelto en papel de periódico, con mucho

cuidado, tal y como lo sacamos de la cueva, para posteriormente proceder a su estudio, de cuyo resultado habla en su libro.

Pedimos permiso a mi primo Agustín, porque las cosas había que hacerlas bien, y nos pusimos a excavar en su huerto. Allí es donde encontramos el gran vaso, que según tengo entendido está en el museo de Teruel y que yo ya no he visto desde entonces¹. Encontramos una gran sección y otros trozos sueltos, con todo lo cual se pudo reconstruir.

Igualmente excavamos encima de mi huerto, en la gran piedra, en el lugar que yo señalé como el que más restos salían, el yacimiento más rico conocido. Sacamos una enorme cantidad de cerámica, útiles de hueso, hachas de piedra, serretas de sílex y algún otro cacharro más. Pero Teógenes lo examinaba todo meticulosamente, separando todo lo que consideraba de interés, sobre todo utensilios y cerámica con dibujos; por la noche nos llevábamos a casa el material seleccionado y al final todo el material despreciado lo enterramos en lugar que en otra ocasión pudiéramos encontrar fácilmente.

La Peña del Hierro constituye el objetivo principal de toda visita a Las Tajadas; igualmente nos apresuramos a explorarla detenidamente, al igual que sus inmediaciones. No obstante los principales yacimientos ya los habíamos excavado, los radicados en Tajada Bajera, pues en esta piedra se mantenía más tierra que retuvo los detritus procedentes del poblado superior.

En Peña del Hierro pues trabajamos muy poco. Los aljibes estaban llenos de agua y no pudimos atacarlos y en toda la plataforma, la inmensa plataforma del peñón, queda muy poca tierra, los vientos y las aguas se llevaron todo al fondo de los cañones y allí en los bancales de cultivo, desde tantísimos años trabajando, se supone que habrá abundantes restos.

Pienso que en excavaciones detenidas, pero muy amplias y costosas, se podría recoger material en abundancia. Otro trabajo que podría dar resultados sería examinar las grandes grietas de las peñas que fueron habitadas y en cuevas que tanto abundan.

Fue durante estas prospecciones cuando Ortego descubrió las pinturas rupestres. En principio no nos las enseñó, por temor a que su divulgación pudiese dar lugar a ser dañadas o destruidas.

A nosotros nos sorprendió mucho que Ortego hiciese tantas fotografías, desde tantos lados y posiciones, en los lugares que están las pinturas, pero nada nos dijo en aquellos momentos.

¹ Este vaso sí está en el museo de Teruel, junto con otros materiales de las Tajadas, y los he visto muchas veces.

Concluidas estas excavaciones, Teógenes se marchó con todo el material recogido, que era mucho, no sin antes advertirme que pensaba pasaría tiempo antes que todo pudiese estar debidamente ordenado y catalogado, para escribir sobre los trabajos y sus resultados, por eso, me dijo, puedes recoger todo lo que encuentres y mandármelo o guardarlo para otra visita que pienso hacer. Yo así actué y gracias a mi desinteresado afán de búsqueda, el libro cuenta con piezas interesantes, muchas más de las que se encontraron en las excavaciones a las que tanto me he referido.

No cobramos nada por aquellos trabajos, pues Ortego nos dijo que no tenía ayuda alguna; que todo lo tenía que pagar él de su bolsillo. Eso sí, a mí me prometió un lote de libros y me los mandó, así como el escrito por él. He de señalar que en esta visita le acompañó, al menos un día otro joven de Teruel, no recuerdo como se llamaba, creo que sería algún maestro o arqueólogo amigo.

Posteriormente, creo que hacia el año 1947 ó 1948, volvió Teógenes a Bezas y venía acompañado de don Martín Almagro y otra señorita para mí desconocida, creo que sería colega de ellos. Recuerdo que esta señorita, que con gran trabajo lograba subir a aquellas inmensas moles de piedra, desde Tajada Bajera, al contemplar el paisaje, repetía entusiasmada, esto es maravilloso, yo me haría aquí una cabaña y me quedaría a vivir. Condenados señoritos, pensaba yo, están chiflados; no saben lo que dicen, aquí los querría ver yo, sudando como tontos para poder conseguir un trozo de pan y poco más, con que aguantar esta perra existencia. Como queda dicho pues, en esta última visita de Teógenes le entregué otro lote de cerámica y objetos diversos. Más adelante, cuando ya Teógenes estaba en Soria le mandé más materiales, todo lo cual fue incluido en el libro.

Hay datada en el libro de Ortego una bella hacha de cobre, que mi primo Agustín, Sebastián y otros encontraron en las inmediaciones de Las Tajadas, en una cantera de piedra.

El hacha fue entregada a Ortego de buena fe, para su estudio. Pero algún tiempo después por el pueblo se difundió la noticia de que no era un hacha, que se trataba de una gran pepita de oro. Es anecdótico pero real. Para mí fue una noticia que supe situar en su justo lugar, porque la verdad no me creí semejante noticia; sin embargo, no cabe duda que constituyó una pincelada curiosa con la que se puso fin a aquellas vivencias tan recordadas, por mis queridas Tajadas. Pero el desenlace no fue cosa fácil. Fue precisa mi intervención, no porque mi juicio mereciese credibilidad especial, sino por las relaciones que tenía con Ortego.

Ortego, con gran desilusión y disgusto retiró el hacha del

museo y me la envió para devolver a quienes la hallaron, que admitieron que se trataba de la misma pieza, reconociendo que no era oro, firmando el acta correspondiente ante interesados y testigos.

Puede contarse como anécdota curiosa, protagonizada por unos hombres de buena fe, qué duda cabe, pero que una elemental cultura y un alto grado de ofuscación y rudeza, dio al traste con un testigo más de la cultura de Las Tajadas de Bezas, que hoy podría ser orgullosamente contemplada por esos mismos señores.

Mas no sé el destino final de ésta preciosa hacha, lo más seguro es que fuese vendida a peso, lamentable.

En el año 1954 me trasladé a trabajar a Zaragoza y todos los años en agosto paso mis vacaciones en Bezas, donde soy fácilmente localizable.

Perdí la pista de don Teógenes Ortego, aunque hace unos doce años supe que todavía estaba en Soria, cruzando unas cartas con él, que me prometió visitarme. Pero hasta la fecha el encuentro no ha tenido lugar. Pero lo que sí es cierto que rindo tributo a aquellos encuentros tan recordados. Recorro más de una vez Las Tajadas, aunque mi huerto ya no produce. Pero para mí las prospecciones no han terminado; estoy seguro de que por allí aún hay mucho que descubrir.

Encontrar algo, para mí, cada año constituye un reto y me siento feliz escalando aquellos roquedales.

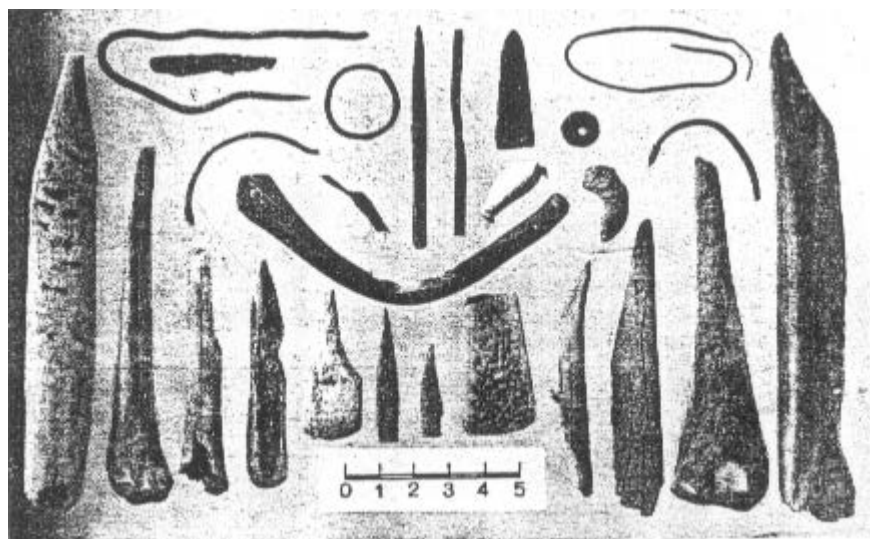
"Mis andanzas por las Tajadas" fue publicado en el Diario de Teruel en 7 capítulos, los días 10, 11, 14, 17, 18, 22 y 28 de Diciembre de 1.984

NOTA: En Tajada Bajera dejamos enterrada gran cantidad de cerámica, que después, aunque la he buscado, no he podido localizar, pura rapiña.

Mis andanzas por las Tajadas se repiten todos los veranos. En Agosto de 2.004, con el amigo Arturo, dimos con un nuevo abrigo de pinturas rupestres, acontecimiento que yo andaba buscando desde los lejanos años de la década de los cuarenta. Dos figuritas antropomorfas, en El Campanario, que así quedó oficiosamente registrado por mí, y después por la D.G.A.



Tajada Bajera
Vista del sector norte de Tajada Bajera, en cuya covacha (X) se encuentran pinturas rupestres.



Utensilios de hueso y cobre y objetos de adorno hallados en las proximidades de Tajada Bajera



LAS TAJADAS DE BEZAS.
Huerto de Toril, lado Norte de Tajada Bajera. Yacimientos Prehistóricos



Sepultura de inhumación en la cumbre de Tajada Bajera.
Sentado, Julián Sánchez, año 1.946